

Bernhard Häring: la experiencia evangélica de la libertad

A comienzos de julio murió el P Bernhard Häring. Era una de las figuras más emblemáticas de nuestro siglo en el campo de la teología moral católica. Su vida fue larga, agitada y fecunda. Puede decirse que ha personificado todo lo que la moral ha vivido de cambio, lucha, ilusión y problemas los últimos cincuenta años. Había nacido el año 1912 en Böttingen (Alemania) y fue ordenado sacerdote redentorista el año 1939. Él mismo ha explicado los momentos durísimos que vivió durante la época nazi, la guerra europea y la postguerra y también el ambiente que encontró en la Iglesia y en el trabajo de sus primeros años de sacerdote.

La Ley de Cristo

El nombre de Häring va ligado a su obra principal, *La Ley de Cristo* (3 vols., 1954). La teología moral estaba en plena revisión, como todo el pensamiento teológico, y el Concilio era una hipótesis que nadie barajaba. En esta obra puso al alcance de todos la corriente de una nueva moral que hacía tiempo se movía. No lo hizo de una manera rigurosamente científica, porque nunca fue un autor analítico y sistemático. Su lenguaje es rico, lleno de evocaciones y globalizador. En sus obras autobiográficas, él mismo expone el ambiente que se respiraba en la moral y la espiritualidad de la Iglesia y que llenaba la enseñanza de los seminarios, la predicación y la confesión: el dominio de las normas y las leyes, la reducción de la vida cristiana al cumplimiento de unos actos prescritos, la omnipresencia angustiosa y amenazadora del pecado mortal, el miedo al castigo, el control de las conciencias, la obediencia como virtud identificadora del buen cristiano.

En su obra, supo expresar y divulgar un mensaje bien diferente: la moral del Espíritu y de la gracia, que lleva a la libertad y a la responsabilidad; el gozo de una vida nueva liberada de la angustia de la ley y del pecado; la experiencia del seguimiento del Evangelio en un clima comunitario, creador, abierto. Puede decirse que, con él, la misma expresión "moral cristiana" cambió muy radicalmente en su sentido y en las resonancias que evoca.

El Concilio Vaticano II

Después de *La ley de Cristo* comenzaron sus problemas con la autoridad romana. Pocos años más tarde, Juan XXIII convocó el Concilio y durante la etapa preparatoria se redactó un documento dedicado a la teología moral, *De ordine morali*. Era la formulación de las posiciones más conservadoras y abundaba en condenas de los "errores actuales". Fue desestimada y ni siquiera se discutió en el aula conciliar ni fue sustituida por otra. Pero el Concilio (1962-1965) formuló el sentido de la renovación de la teología en el n° 16 del decreto *Optatam totius* para la formación sacerdotal. El propio P Häring redactó este párrafo a petición de la Comisión correspondiente, y desde entonces se ha considerado como la confirmación conciliar de los trabajos de renovación que él encarnaba: "Téngase especial cuidado en perfeccionar la teología

moral, cuya exposición científica, nutrida más abundantemente por la doctrina de la Sagrada Escritura, deberá mostrar la grandeza de la vocación de los fieles en Cristo y su exigencia de producir frutos en la caridad para la vida del mundo".

Libertad y fidelidad en Cristo

Tras el Concilio, vivió Häring una época marcada a la vez por el entusiasmo creador y por el sufrimiento eclesial. Se prodigó en la docencia y la promoción del espíritu del Concilio en Roma, Europa, Asia, África, Iberoamérica y USA. Al mismo tiempo se intensificaron los problemas con Roma, especialmente a raíz de la Encíclica *Humanae Vitae* de Pablo VI (1968). Pocos días después de su aparición, publicó un artículo crítico con la intención de dar apoyo a los miles de matrimonios que sufrían por razón del escrito papal y que se planteaban dejar la obediencia eclesial. "Fue -escribió- la decisión más difícil de mi vida". Viendo ahora el proceso seguido, hay que constatar con admiración la finura de su espíritu evangélico, atento a los problemas, y creador, y juntamente la fuerza de su crítica a los que se apartaban del Concilio.

El trabajo de toda esta época culminó en otra obra completa de moral: *Libertad y fidelidad en Cristo* (1978). Tal como dice en la introducción, los acentos cristológicos y personalistas de su pensamiento le condujeron a una reconsideración antropológica, centrada en las virtudes básicas de la experiencia cristiana: la libertad, la fidelidad, la responsabilidad.

Otro profeta que nos deja

Los últimos años, ya retirado y enfermo, le resultaron especialmente dolorosos. Publicó distintas obras cortas, pero llenas de vida, hijas del mismo espíritu: la denuncia del retorno de "la fascinación de las normas" y de "la manía del control centralista" en temas como el sacramento de la penitencia, la regulación de la natalidad o de la pastoral de los divorciados vueltos a casar. Tiene expresiones durísimas contra ciertos moralistas que "por comodidad dicen siempre que sí", ignorando el sufrimiento de la gente en una Iglesia cada vez más alienada por el miedo.

La muerte del P Häring me ha producido una sombra de tristeza. Después de haberlo escuchado, hace años, como un profeta de la ilusión por la vida cristiana y de haberme entusiasmado por la construcción de un clima eclesial y teológico creador, positivo y dialogante, nos deja los últimos años unas obras llenas de avisos y denuncias. Ha sido otro "anciano airado". Y no por la imposibilidad de evolucionar, sino porque ha visto que los viejos peligros, tan conocidos y tan experimentados, se revestían de formas nuevas: la incapacidad de escuchar y entender el clamor del ser humano de hoy, el endurecimiento de las normas, la actitud de control y condena. Que nos quede en herencia el verdadero testamento de su vida: la experiencia evangélica liberadora, valiente, gozosa.

Gaspar Mora, El pregó eclesial d'informació i opinió, n° 105/ 106 (1998)2-3